

LECTURAS PARA ESTRENARSE EN FILOSOFÍA

NUEVA EDICIÓN



PENSAR FILOSOFÍA

T. Miranda, J.J. Ruiz, V. Ballester, E. Añón,
T. Miravet, V. Vilana, J. Martínez y A. Zacarés

EDITORIAL DIÁLOGO



COLECCIÓN TÁBANO

¿Y... QUÉ ES LA VERDAD?

TOMÁS MIRANDA ALONSO

Al acabar la clase de inglés, María se quedó en el aula mirando por la ventana. Era una mañana del mes de febrero y el cielo estaba cubierto por una densa colcha gris plomizo, que se colaba hasta el último rincón del instituto. En los pasillos había menos jaleo que de costumbre, pues la oscuridad del día y el cansancio del fin de semana producían en los estudiantes un estado de somnolencia, que últimamente caracterizaba el ambiente de los lunes. María seguía dando vueltas a los pensamientos con los que había estado ocupada la tarde anterior mientras oía música tumbada en su cama. ¿Por qué Juan tuvo que decirle precisamente la noche anterior que la quería, cuando ella más confusa estaba acerca de sus sentimientos hacia él? Era verdad que últimamente se encontraba muy a gusto a su lado, que se habían ayudado mucho preparando trabajos juntos, que se habían contado cosas de sus vidas que nadie más sabía, era verdad que físicamente también le gustaba, había química entre ellos, pero... ¡era tan odioso otras veces! Cuando en clase Juan tomaba la palabra parecía tan seguro de lo que decía que el que no estaba de acuerdo con él se sentía descalificado. Su cabeza era como un gran mueble con un montón de cajones en donde todo estaba en su sitio, y en donde no había lugar para la duda, la inseguridad, la vacilación. Aquella seguridad con la que tantas veces hablaba de todo era insultante, pues hacía que los demás se sintieran tratados como inferiores. En estas ocasiones ella experimentaba una fuerte sensación de rechazo... ¡no podía soportarlo! Él estaba seguro de sus sentimientos hacia ella y no podía

entender las dudas de ésta acerca de los suyos con respecto a él. Cuando Llanos, la profesora de Filosofía, entró en el aula, María se estaba preguntando cómo podría saber cuáles eran sus verdaderos sentimientos hacia Juan, cómo podría saber si era verdadero amor lo que sentía por él. ¿No sería posible que el modo con que él se comportaba en estas ocasiones fuera una máscara utilizada para intentar defender su verdadera forma de ser? ¿Podría llegar a conocer al verdadero Juan, al Juan sin máscaras?

Llanos había seleccionado algunos textos para invitar a sus estudiantes a reflexionar sobre aspectos relacionados con los conocimientos que el ser humano tiene. Quería empezar leyendo algunos episodios de *El Quijote* en donde se plantean problemas referentes a la distinción entre realidad e ilusión, percepción e imaginación, literatura y vida, para interesar al alumnado en la discusión de estas cuestiones. Había estado parte del fin de semana preparando materiales que sirvieran para animar la reflexión y el diálogo filosófico en su clase, y aquella mañana llegó al aula con grandes expectativas y fuerzas renovadas, pues, a pesar de ser ya una profesora veterana, aún no había perdido la creencia en el valor y en la posibilidad de hacer algo interesante con sus alumnos, es decir, algo que pudiera responder a los intereses más verdaderamente humanos, aquellos que tienen que ver con la posibilidad de una vida más digna del ser humano, de sus jóvenes y de ella misma. Pero cuando, cerrando la cartera, levantó la vista, se encontró con ojos cubiertos por un velo de cansancio, de apatía, velados por una membrana de alejamiento y de tedio. Llanos sintió un nudo en el pecho que asfixiaba sus entrañas. La frustración que experimentó por un momento le reseco la garganta. ¿Sería capaz ella de conectar con aquellas personas que, quizá, estaban en otra onda y con otras preocupaciones?

Antes de que los textos fueran repartidos a todos, la puerta del aula se abrió y entró el jefe de estudios con cara de pocos amigos. Era una visita que toda la clase, excepto la profesora, estaba esperando con preocupación. Quería saber quiénes habían sido los que habían destrozado el aseo del pasillo. Después de hacer unas reflexiones sobre el vandalismo que últimamente se estaba produciendo en el instituto, les advirtió que si no aparecía el culpable, entonces todos iban a ser castigados y no podrían participar en la excursión a la nieve que se celebraría en la semana blanca. Tanta culpa tienen —dijo en medio de un silencio sepulcral— las personas que han realizado estos actos, como los que, sabiéndolo, no di-

cen la verdad, evitando, así, que sus compañeros inocentes sean castigados. Comunicó que cada uno de los chicos y chicas de la clase iban a ser llamados individualmente a su despacho para que dijeran lo que sabían sobre todo esto.

—No es justo que paguen inocentes por culpables —dijo Nacho indignado, cuando el jefe de estudios se marchó.

—¿Cómo voy a denunciar a un amigo, aunque sepa que ha sido él el que ha destrozado el baño? —preguntaba al resto del grupo Belén.

—Sí, pero si, sabiéndolo, no se lo dices al jefe de estudios, estás condenando a los demás a un castigo que no merecen —dijo Nieves, quien ya había conseguido de sus padres el permiso para ir a esquiar.

—Llanos —preguntó Pablo—, ¿tú crees que alguien estaría obligado a decirle la verdad al jefe de estudios si supiera que había sido su amigo el causante de los destrozos, o, por el contrario, acaso no hay situaciones en que uno no debe decir la verdad?

—Es más —dijo súbitamente Ana, como si se acabara de dar cuenta de algo importante—, ¿para qué quiere el jefe de estudios saber la verdad a cualquier precio sino para que su autoridad no disminuya y mantener incuestionado su poder? La creencia de la posesión de la verdad va unida demasiadas veces al deseo de mantener un poder que se ejerce contra la naturaleza o contra los demás seres humanos.

—¡Uaaauuu! —exclamó Javi, cuando Ana acabó de hablar—. ¿Por qué quieres ver siempre más pies al gato, de los que tiene?

Casi toda la clase sonrió con benevolencia, pues ya estaba acostumbrada a las intervenciones, siempre críticas, de su compañera.

—No es así —contestó María, quien aún no había podido desprenderse de sus particulares preocupaciones—. El ser humano tiende por naturaleza a buscar la verdad para así poderse orientar en la vida..., el problema es que no es fácil encontrarla.

—La verdad..., pero ¿qué es la verdad? —preguntó Luis—. ¿Acaso podemos saber la verdad? Cada uno tiene su verdad y ninguna es mejor o peor que la de los otros. Yo tengo mi verdad y a mí me vale, sólo os pido que me la respetéis, como yo respeto la de cada uno de vosotros. Es más, creo que los seres humanos no van detrás de la verdad, sino que lo único que quieren es vivir, mejor dicho, sobrevivir, ir «tirando» en medio de un mundo complicado y difícil, y para ello necesitan muletas, cada uno las suyas..., esas muletas son las creencias que cada uno acepta como

verdaderas: lo de menos es cómo sean los hechos, lo importante es que mis creencias me sirvan para vivir, como lo importante de un gato no es decidir si es negro o blanco, sino que cace ratones.

—Y entonces, ¿cómo explicas, por ejemplo, el trabajo de los científicos, o el de los detectives, o el de los jueces, que se esfuerzan constantemente por conseguir que aquello que descubren sea la verdad? —preguntó Nieves.

En aquellos momentos el aula era un hervidero de murmullos en donde los estudiantes comentaban con sus compañeros más próximos alguna de las cuestiones que se habían planteado desde la entrada del jefe de estudios. La profesora consideró que se le ofrecía una excelente ocasión para animar una discusión sobre la verdad, tema que estaba en estrecha relación con el problema del conocimiento que ella quería introducir aquella mañana.

—Atended un momento —dijo elevando la voz—. Os propongo discutir con orden las cuestiones que vosotros mismos habéis planteado hasta aquí. La pregunta inicial ha sido si el ser humano desea conocer la verdad y para qué, y de aquí habéis llegado a cuestionar si podemos conocer la verdad. Luis se pregunta qué es la verdad y parece que niega la posibilidad de alcanzarla, ¿no es así?

—Más o menos..., lo que yo quiero decir es que nadie puede conocer la verdad —volvió a tomar la palabra Luis—, por lo tanto, o la verdad no existe, o, si existe, no puede ser conocida.

No bien hubo terminado de hablar, Juan intervino con la seguridad del que había sorprendido al impostor con las manos en la masa:

—Luis, tú te estás contradiciendo, pues vienes a decir que es verdad que no existe la verdad... ¿en qué quedamos?

—Yo creo que lo que Luis dice —afirmó entonces Isa—, se relaciona con eso tan famoso de que nada es verdad ni es mentira, todo es del color del cristal con que se mira. Todas las cosas pueden verse de mil maneras distintas, siendo válidas todas ellas. Y es más, si nuestros padres tuvieran en cuenta este principio dejarían de darnos continuamente la paliza con lo que, según ellos, tenemos que hacer o dejar de hacer, con lo que es bueno o malo, con lo que es verdadero o falso; no se dan cuenta de que mi verdad vale tanto como la de ellos y me quieren imponer la suya.

Al llegar a este punto pareció que la clase entera estaba de acuerdo y que el diálogo había llegado al final. Llanos, dirigiéndose a Nacho, preguntó:

—¿Qué consecuencias se desprenderían del hecho de que nada fuera ni verdadero ni falso, que la valoración de cualquier

hecho o de cualquier situación dependiera de la peculiar visión de cada individuo o grupo de individuos?

—Pues me imagino —dijo Nacho parándose a pensar durante unos instantes—, que entonces no tendría sentido cuestionar ninguna opinión.

—Ni defender tus propias ideas —continuó Nieves—. Si nada es verdadero ni falso, ¿qué sentido tienen las revistas científicas en donde los investigadores tratan de convencerse mutuamente sobre la pretendida verdad de sus descubrimientos? ¿Y qué sentido tendría un tribunal de justicia intentando saber si verdaderamente el acusado es culpable o inocente? Bueno —añadió sonriendo—, y me imagino que tampoco tendría mucho sentido decir que las contestaciones de un examen son falsas, pues podrían ser verdaderas para el estudiante.

—¿Podríamos decir, pues, que el mismo hecho de que estemos aquí dialogando y dando razones para apoyar nuestras ideas no presupone ya, de algún modo, nuestra creencia en que algunas opiniones merecen ser defendidas más que otras? —preguntó Llanos—. ¿Podríamos otorgar valor de verdad a opiniones racistas y xenófobas, por ejemplo, simplemente por el hecho de que alguien las exponga diciendo que son «su verdad»?

Pablo llevaba bastante tiempo decidiendo si hablaba o no, pues no sabía si iba a ser capaz de expresar con claridad lo que estaba pensando. Por fin dijo un poco tímidamente:

—Yo creo que la verdad es la verdad, la diga quien la diga, y que una afirmación o es verdadera o falsa, de modo que o estás en la verdad o en la falsedad. Quiero decir, que si existe una verdad tiene que serlo para todo el mundo, y lo contrario de esta verdad será falso; y también pienso que las verdades no pueden cambiar. Otro problema distinto es cómo podemos nosotros llegar a conocer la verdad.

—Pues con la razón —contestó rápidamente Juan—. La realidad que nos rodea puede llegar a ser transparente a nuestra mirada, siempre y cuando sepamos mirar. Ocurre como cuando te dan un regalo envuelto en un montón de papeles y de lazos y tú quieres saber de qué se trata: basta con descubrir el paquete.

—Muy bien —intervino entonces Llanos—. Juan acaba de explicarnos muy gráficamente una concepción de «verdad» que tenían los antiguos griegos. Para alguno de ellos la palabra «verdad» significaba «desvelamiento» (*aletheia*, en griego), y se consideraba como una propiedad del ser, de la realidad, la propiedad de descubrirse, de desnudarse, ante la razón del ser humano. Por supues-

to, se pensaba que algo en común tenía la realidad y la razón que permitía que aquélla pudiera hacerse patente a ésta y ser expresada por medio del lenguaje. Sin embargo, los **escépticos**, que mantenían una opinión cercana a la de Luis, negaban la posibilidad de llegar a una verdad definitiva, siendo la única postura coherente la de aquél que suspende el juicio ante cualquier cuestión. Esta postura era de algún modo cercana a la de los llamados **relativistas**, que admitían, como lo hacía Isa, que el ser humano no puede llegar a una verdad absoluta, pues toda verdad hace relación al modo de ser del ser humano, o del individuo, defenderían algunos, y entonces cabría decir eso de que cada uno tiene su propia verdad. Bien, pero hay otra manera de entender el término «verdad» y es cuando lo aplicamos no a la realidad sino a nuestro rigor en el decir («veritas», en latín). Por ello, os propongo ahora analizar qué queremos significar cuando de un enunciado decimos que es verdadero.

Isa, que no había perdido ni una palabra del discurso de Llanos, se removió en su asiento y, poniendo en orden sus ideas, con gran esfuerzo levantó por fin el brazo:

—Lo que yo quiero decir es que me dan miedo los que se creen que están en posesión de la verdad y no admiten que nadie se la cuestione. A lo largo de la historia ha coincidido demasiadas veces que estas personas han querido imponerse al resto de la gente que no pensaba como ellos, y algunos no han dudado en emplear la hoguera o las armas para ello. Incluso en nuestros días hay personas que se creen portadoras de verdades incuestionables, y eliminan a otras por no pensar como ellas.

—Eso es —dijo Ana con voz sonora—. Todos pertenecemos a grupos o a sociedades en donde se dan por supuestas unas verdades que nadie cuestiona, pues se las considera obvias. Así, en los partidos políticos hay creencias tan intocables que si alguien las pone públicamente en duda no «sale en la foto». En nuestra propia sociedad occidental aceptamos, sin la menor crítica, unas verdades sobre las que se fundamenta toda nuestra forma de vida y con las que se nos bombardea continuamente. Así, nadie cuestiona el ideal de progreso tecnológico, el de la acumulación del beneficio económico o la sacralidad de las leyes de mercado vigentes en nuestra sociedad, por ejemplo. Pero muy pocos se dan cuenta de que estas «verdades» pueden estar causando el dolor de muchos seres, de la mayoría de la gente que, por no tener, no tiene ni para comer. ¿Creéis, pues, que las mismas verdades pueden valer igual para los amos y los esclavos, para los poseedores y los desposeídos? Por ello, estaría de acuerdo con aquel poeta que dijo que la

percepción de las cosas depende del dolor de quien las mira..., y del amor, añadiría yo.

Al llegar a este punto Llanos tuvo que intervenir para que cesaran los comentarios hechos en voz baja y las sonrisas de algunos estudiantes. Con un gesto de seriedad y dando dos suaves golpes en la mesa preguntó:

—¿Podríamos decir, entonces, que en la escuela deberíamos aprender no tanto un conjunto de verdades fijas y dogmáticas, sino a mantenernos en el camino de búsqueda de verdades provisionales, inciertas y revisables? ¿O pensáis que de algunas verdades no podríamos prescindir? ¿No creéis que hay algunas verdades, como que todos los seres humanos somos igualmente dignos, que deberían regir siempre nuestra conducta?

—Lo que la escuela nos tiene que enseñar —interrumpió Belén—, es que las cosas pueden verse desde muchos puntos de vista, desde muchas **perspectivas**, y que nadie puede pensar que su perspectiva es la única posible. Creo que esta idea la defendía un filósofo español llamado **Ortega y Gasset**, lo leí el año pasado en el libro de ética. Entre el blanco y el negro hay un montón de tonalidades.

En aquellos momentos, María, reflejando en sus negros ojos la preocupación y las dudas que la invadían, tomó la palabra:

—Llevamos más de la mitad de la clase hablando de la verdad y sospecho que no siempre estamos utilizando este término con el mismo significado. Mi pregunta es: ¿qué entendéis por «verdad»?

Llanos aprovechó esta intervención para volver al planteamiento que antes hiciera:

—Ya hemos visto que un sentido de «verdad» era el de desvelamiento. Para que lo entendáis mejor: podríamos decir que cuando un amigo se nos desvela, entonces se nos muestra en su verdad. Pero, en otro sentido, la «verdad» también se dice como una propiedad de nuestro hablar. Por ello, ahora os invito a pensar en diferentes enunciados que consideréis verdaderos y a analizar si podemos establecer diferencias entre unos y otros, entre lo que entendemos por verdad en unos casos y en otros.

—A mí se me ocurre un ejemplo —dijo Carlos—. El enunciado «ahora es de día y estoy sentado en clase» es indiscutiblemente verdadero. El que dude de la verdad de este enunciado es que no está muy bien de la cabeza.

—Claro, ese enunciado es **evidente**, y su verdad se nos impone de algún modo —añadió Lucía.

—Y si pudiéramos disponer de un mecanismo que nos permitiera sacar conclusiones de este tipo de enunciados, podríamos conseguir un conjunto de conocimientos seguros, de los que podríamos estar **ciertos** —dijo Juan.

—El planteamiento del compañero —intervino Llanos—, es similar al de **Descartes**, quien intentó construir un sistema de conocimientos del que no cupiera la más mínima duda. Y para ello tenía que partir de verdades evidentes, de las que se **deducirían** las demás, algo así como ocurre en matemáticas. Pero, ¿vosotros creéis que no hay motivos para dudar de que estamos aquí sentados en clase? ¿Cómo sabéis que no estáis soñando?

Los estudiantes sonrieron al oír las palabras de la profesora y alguno dijo que deseaba que la clase de historia, en donde le habían dicho la nota del último examen, hubiera sido un sueño.

—Pero hay otro problema —señaló Isa elevando la voz para poder ser oída—. Muchas veces los mayores nos intentan imponer sus verdades diciéndonos que son evidentes. Por ejemplo, mi abuela piensa que es evidente que no le corresponde a mi hermano quitar la mesa porque es un varón..., bueno, porque es hombre, dice ella.

—Claro —intervino rápidamente Ana—, muchas veces consideramos evidentes nuestros propios prejuicios.

A Irene, que tenía la palabra pedida desde hacía un rato, por fin le llegó su turno:

—A mí se me ocurre otro ejemplo de enunciado verdadero: «la recta es la distancia más corta entre dos puntos». Este enunciado es verdadero porque... es verdad. O, si no, pinta dos puntos, y mira lo que pasa.

—¿Estáis todos de acuerdo con lo que dice la compañera? —preguntó Llanos—. ¿No habéis oído en las clases de matemáticas que existen **axiomas**? A ver, Irene, ¿qué crees tú que es un axioma?

—Quiero recordar que un axioma es un enunciado que se admite como verdadero, por ejemplo en geometría, y del que se deducen otros enunciados.

—Muy bien —respondió la profesora—. Así el enunciado que nos has dicho antes es un axioma de la geometría de **Euclides**, en donde se le considera verdadero junto con otros axiomas, de los que se deducen, como tú dices, otros enunciados, llamados **teoremas**. Entre unos y otros tiene que haber **coherencia**, es decir, ausencia de contradicción. Esto es, un teorema se considera verdadero no tanto porque se corresponda con los hechos o con el mundo

sino por ser coherente, o sea, no contradictorio, con el resto de axiomas y teoremas del sistema al que pertenece. Incluso, me imagino que sabéis, que existen geometrías en donde se parte de axiomas distintos de los de **Euclides**, geometrías en donde no es un axioma que la recta es la distancia más corta entre dos puntos. Pero dejemos por el momento esta cuestión. ¿Se le ocurre a alguien algún otro enunciado cuya verdad le parezca indiscutible?

—Sí, a mí, contestó Nacho. Hay enunciados que parecen que no pueden ser falsos, o sea, que necesariamente son verdaderos. Estoy pensando en un ejemplo que ya he oído en alguna ocasión: «el todo es mayor que las partes que lo componen».

—¿Puede existir algún mundo en donde este enunciado sea falso? Podríamos decir que ese mundo no sería lógico —dijo Llanos—. Sin embargo, cabe pensar un mundo en el que no fuera verdad que la luna fuera el satélite de la Tierra. Así, el enunciado de Nacho, o «ningún soltero está casado», parecen verdaderos en función del significado de las palabras que contienen y por ello algunos autores los llaman **tautologías** (porque el predicado dice lo que ya estaba contenido en el sujeto). Los enunciados como «la luna es el satélite de la Tierra» suelen ser llamados **sintéticos**, porque el significado del predicado no está contenido en el del sujeto.

Al llegar a este punto eran evidentes los síntomas de cansancio en los estudiantes, pues aquel día la clase estaba durando algo más de lo habitual, debido a que el profesor de la hora siguiente le había pedido a Llanos que permaneciera en este grupo hasta que él acabara un examen en otra aula. De pronto, como si hubiera tenido una ocurrencia que pudiera recuperar el interés por seguir con la discusión, la profesora volvió a tomar la palabra, con una sonrisa que constituía un reto:

—¿Pero realmente estáis tan seguros de que siempre es verdad el enunciado «el todo es mayor que las partes»? Me acabo de acordar de una intervención que tuvo Juan de Mairena, y que nos cuenta **Antonio Machado**, en su clase. Pues resulta, como sabéis, que la serie par es la mitad de la serie total de los números, siendo la serie impar la otra mitad. Pero tanto la serie par como la serie impar son infinitas, como también lo es la serie total de los números. Luego la serie par y la serie impar son ambas, y cada una, iguales a la serie total de los números. ¿Es tan claro, pues, como vosotros creéis, que el todo sea mayor que la parte? Pensad hasta que os hiervan los sesos. Aprovechad los cinco minutos que hay entre esta clase y la siguiente.

Cuando sonó el timbre por segunda vez los estudiantes volvieron al aula con la excitación propia de haber estado discutiendo acaloradamente entre ellos sobre la cuestión que les planteara la profesora.

—¿Qué tal? ¿Habéis llegado a alguna solución del enredo? —empezó diciendo Llanos—. De cualquier modo lo que me interesa ahora es que sigáis analizando enunciados que os parecen verdaderos.

Al instante, como si hubiera estado deseando que se reanudara la cuestión, María tomó la palabra:

—Yo quiero volver a aquellos enunciados cuya verdad parece consistir en su **correspondencia** con los hechos. Me refiero a la afirmación de que la luna es el satélite de la Tierra o de que las paredes de esta clase son blancas. ¿A qué se debe, si no a su acuerdo con la realidad, la verdad de estos enunciados? No sé dónde he leído que **Aristóteles** entendía así la verdad.

—Bueno —interrumpió Pablo sonriendo—, yo no afirmaré con tanta seguridad que las paredes de nuestra aula sean blancas, y menos las de los aseos, pero, hablando ya en serio, hay verdades que nos dicen cómo son en sí mismos los objetos, o sea, **verdades objetivas**, y que no dependen de nuestros gustos o apreciaciones subjetivas. Las ciencias, por ejemplo nos dan un conocimiento objetivo, nos proporcionan, podríamos decir, verdades objetivas. Una verdad de este tipo sería, que los planetas giran alrededor del sol describiendo elipses.

—Un momento —intervino rápidamente Luis—, pero no siempre se ha pensado así: antes de Copérnico se creía que era el sol el que daba vueltas alrededor de la Tierra. ¿Acaso no fueron refutadas algunas proposiciones de Newton por otras de Einstein? Lo que los científicos consideran hoy como verdadero puede ser falso mañana.

—Pero eso no contradice mi postura —respondió Pablo—. Por supuesto que los científicos se pueden equivocar al defender ciertas ideas, pero sus enunciados pretenden describirnos cómo es la realidad, aunque en ese intento se vayan equivocando y, a su vez, corrigiendo; lo que ellos afirman tiene que estar probado, tiene que estar contrastado con la experiencia.

Javi, que estaba comentando algo con Irene en voz baja, levantó, por fin, la mano:

—El otro día oí algo en la clase de Física, de lo que no me acuerdo muy bien, pero que creo que viene a cuento. La profesora venía a decir que no se podía decidir si el electrón era de naturale-

za ondulatoria o corpuscular, pero que incluso eso era lo de menos, ya que en unas ocasiones hay que considerarlo como onda y en otras como corpúsculo para resolver determinados problemas. Si esto es así, no sé si tiene mucho sentido decir que al científico le interesa saber cómo es la realidad.

—Buena intervención, Javi —dijo Llanos—. De hecho, las personas que se dedican a pensar sobre el conocimiento científico han discutido sobre si la ciencia hay que entenderla como una especie de copia de la realidad, en donde ésta quedara descrita de algún modo, o si más bien no habría que entenderla como un instrumento que nos permite explicar y predecir fenómenos con el fin, principalmente, de controlarlos. Pero dejemos de momento esta cuestión y pasemos a la última que nos podemos plantear hoy: ¿estáis tan seguros de que se puede llegar a un conocimiento de los objetos tal y como ellos son? ¿Creéis que si os convirtiérais en el insecto del que **Kafka** nos habla en su novela **La Metamorfosis** percibiríais el mundo tal como lo hacéis?

—Yo creo que nuestra forma de ver los objetos —intervino Nacho—, está determinada por cómo somos nosotros, es decir, por el tipo de sentidos que tenemos, por las características de nuestro entendimiento, de modo que un posible extraterrestre, con otra estructura mental, conocería los objetos de manera distinta a como lo hacemos nosotros.

María hizo un gesto como si acabase de hacer un gran descubrimiento:

—Entonces, no se puede comparar lo que pensamos o decimos con los objetos; la verdad habría que entenderla como una **correspondencia** entre nuestros conocimientos y enunciados, por una parte, y nuestras **representaciones** de la realidad, por otra, ¿no crees tú, Llanos?

—No es mala idea —contestó la profesora con una sonrisa de satisfacción en su boca—. El mundo que conocemos no es algo que se nos dé directamente a nosotros, es decir, no se nos da desnudo, sino que llegamos a él desde representaciones previas, sobre todo desde el lenguaje, pero estas representaciones tampoco son independientes de nuestra relación con el mundo. **Ortega** decía que no se puede hablar de un mundo independiente del sujeto, pero tampoco de un sujeto independiente del mundo.

—Bien, pero si entendemos la verdad —dijo Pablo—, más bien como una relación entre nuestros enunciados y nuestras representaciones de la realidad, ¿cómo podemos saber si nuestras representaciones previas se ajustan a ésta?, ¿cualquier representación es válida?

—Por supuesto que no —intervino Luis, con la fuerza de quien iba a confirmar algo que ya dijera al principio de la clase—. No vale cualquier representación, sino aquéllas que nos son útiles, aquéllas que ayudan y facilitan nuestra acción, aquéllas que sirven para la vida.

—Pero útiles a quién —le interpelló Ana—. Las verdades útiles son distintas para el explotador y el explotado: ¿valen todas igual?

Los estudiantes reflejaban en sus rostros el esfuerzo que estaban haciendo por mantener la discusión. La profesora era consciente de que convenía ir acabando, si no quería que la gente empezara a desentenderse. Por ello dijo:

—Bien, Ana, pero existe un medio racional por el cual los seres humanos pueden llegar a acuerdos, y éste es el **diálogo**. Por supuesto que para que se produzca el diálogo hace falta que se den condiciones previas. Pero es por medio del diálogo como las personas pueden discutir sus representaciones y presentar razones para justificarlas, y, también, para rechazarlas. El diálogo no pretende reducir a un único discurso la pluralidad de puntos de vista, sino crear las condiciones para que todas las perspectivas puedan ser tenidas en cuenta y valoradas. Por ello, muchos filósofos actuales más que de **objetividad** hablan de **intersubjetividad**. La verdad se entendería más bien como acuerdos intersubjetivos a los que los hablantes de una comunidad llegan después de haber discutido las propuestas hechas por todos los que tenían algo que decir; esos acuerdos serían siempre provisionales y revisables, siempre susceptibles de ser puestos en duda. Quizá podríamos entender también la verdad, en algunas ocasiones, como significados construidos y aceptados en un marco de acuerdo intersubjetivo, conseguido mediante la escucha mutua y en donde queda garantizada la capacidad de disenter.

—Pero, Llanos —dijo Ana, interrumpiendo el discurso de la profesora—, ¿no crees tú que a veces es imposible el diálogo?

En aquellos momentos la puerta del aula se abrió y la profesora aprovechó la ocasión para dar por terminada la discusión, al menos de momento:

—Buena pregunta la de vuestra compañera, pero por hoy ya está bien. No penséis que hemos agotado el tema, considerad que el problema queda abierto.

El profesor de matemáticas saludó a la clase y, después de darle las gracias a Llanos, comentó en voz alta:

—Antes de que se me olvide, me ha dicho el jefe de estudios que ya se ha resuelto lo de los destrozos del aseo: han encontrado

una ventana rota en un pasillo y parece que el sábado por la noche alguien entró al instituto desde la calle.

PARA SEGUIR PENSANDO...

1. Busca el significado de los siguientes términos:

escepticismo	intersubjetividad	prejuicio
relativismo	perspectivismo	axioma
dogmatismo	evidencia	teorema
objetividad	certeza	tautología

2. Aclara en las siguientes expresiones el significado de «verdad»:

—«La verdad es la verdad, la diga Agamenón o su porquero» (Juan de Mairena).

—«La verdad os hará libres» (Jesucristo).

—«Juro decir la verdad, sólo la verdad y nada más que la verdad» (Testigo en un juicio).

—«Juan es un amigo de verdad» (María).

—«La ciencia busca la verdad» (Profesor de física).

3. Se considera que un enunciado **analítico** es siempre verdadero en función del significado de sus términos; un enunciado **contradictorio** es siempre falso (en cualquier mundo posible), en virtud del significado de sus términos; y un enunciado **sintético** puede ser verdadero o falso, en virtud de los hechos. De los siguientes enunciados señala cuáles son analíticos, cuáles contradictorios y cuáles sintéticos:

—Dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí.

—Algunos solteros están casados.

—La Tierra da vueltas alrededor del Sol.

—Los estudiantes de esta clase son rubios.

—Llueve o no llueve.

—Los oculistas son médicos especialistas en ojos.

—Los triángulos tienen cuatro ángulos.

4. Di si las siguientes expresiones son verdaderas o falsas y expón el criterio que aplicas en cada caso para determinarlo:

- En clase de biología: «Las ballenas son mamíferos».
- En clase de matemáticas: «La recta es la distancia más corta entre dos puntos».
- En clase de matemáticas: «En un triángulo rectángulo la suma de los cuadrados de los catetos equivale al cuadrado de la hipotenusa».
- En clase de física: «Los planetas giran alrededor del Sol formando una elipse».
- En clase de psicología: «La frustración produce agresividad».
- Juan a sus amigos, después de tener «unas palabras» con María: «Todas las chicas son unas histéricas».
- María a sus amigas: «Todos los chicos van a lo mismo».
- El padre a su hijo pequeño, que nunca ha visto la nieve: «La nieve es blanca».
- «Estoy despierto». (Contestación que Luis da a su madre, después de llamar ésta a su habitación y preguntarle si estaba despierto o dormido, cosa que, aunque parece mentira, ocurre algunas veces).
- Marisa, en clase de ética: «Hay que devolver bien por mal».
- Ante el museo Reina Sofía: «Este museo es feo».

5. Plan de discusión. Discutir, dando razones, las siguientes afirmaciones:

- Aurora: «La verdad no existe».
- Pepe: «Es verdadero aquel enunciado que se corresponde con los hechos».
- Irene: «Un enunciado es verdadero cuando es dicho por alguien sincero y competente en la materia sobre la que versa tal enunciado».
- Juan: «La verdad es lo que nos dicen los libros de texto».
- Patricia: «A veces, es verdadero aquello que yo siento así».
- Llanos: «La ciencia nos proporciona verdades objetivas y seguras».

- David: «Sólo las ciencias pueden proporcionar un conocimiento verdadero».
- Soffa: «Un enunciado es verdadero cuando encaja con otros enunciados verdaderos».
- Guillermo: «Una idea es verdadera cuando me ayuda a actuar y a vivir».
- Carlos: «Verdadero es aquel enunciado en que se ponen de acuerdo los miembros de una comunidad de investigadores».

6. Comentar, por grupos, la siguiente afirmación del filósofo alemán Godofredo E. Lessing (1729-1781): «Si Dios tuviese en su diestra toda la verdad y en su izquierda sólo la tendencia hacia la verdad con la condición de errar eternamente perdido y me dijera: ¡Escoge!, yo me precipitaría con humildad a su izquierda, y le diría: ¡Padre, he elegido! La pura verdad es solamente para ti».
7. Comentar, por grupos, los siguientes versos del poeta español Ramón de Campoamor (1817-1901):

«Y es que en el mundo traidor
nada hay verdad ni mentira;
todo es según el color
del cristal con que se mira».

8. Una paradoja clásica. Supón que te visita un extranjero y te dice: «en mi país todos mentimos siempre». ¿Será verdad lo que te ha dicho el visitante?
9. Un acertijo, sacado del Quijote y con base en la paradoja anterior. Un río dividía los términos de un señor y sobre este río había un puente y en el extremo de éste había una horca y unos jueces. Los que pasaban el puente debían jurar ante los jueces a dónde iban y a qué, de modo que si juraban verdad podían pasar y si juraban mentira eran ahorcados. Sucedió que un buen día pasó un hombre que juró que iba a morir en la horca y no a otra cosa. Deliberaron los jueces y se dieron cuenta de que si dejaban pasar libremente a este hombre, entonces mintió en su juramento y, por lo tanto,

debería morir; pero si lo ahorcaban, entonces habría dicho la verdad y, por lo tanto, lo deberían haber dejado marchar. ¿Qué creéis vosotros que deben hacer los jueces con ese hombre?

10. Disertación: ¿Podemos conocer la verdad?

¡ASTRAORDINARIO!

JUAN JOSÉ RUIZ CORTINA

El otro día me ocurrió algo curioso. Estaba leyendo el periódico (evidentemente no es esto lo curioso) cuando por azar mis ojos se posaron en la sección del horóscopo. No sé por qué extraña razón decidí leer las predicciones referentes a mi signo. Recuerdo que decían, más o menos, que iba a tener un golpe de fortuna y que me encontraría de repente con una gran cantidad de dinero en las manos. ¡Qué bien, pensé, sobre todo si la astrología fuera creíble! Lo mejor del caso es que esa misma tarde, hojeando una revista, volví a tropezar con la sección del horóscopo, y cuál fue mi sorpresa al leer que aquí, referido al mismo signo y al mismo día, me decía sin embargo que cuidara mi economía, pues iba a entrar en una grave crisis monetaria. ¡Menos mal que la astrología no es creíble!, suspiré aliviado.

Ejemplos como este podemos encontrarlos a montones y, cada uno puede hacer la prueba por su cuenta, seguro que obtendríamos los mismos resultados contradictorios. Y, sin embargo, a pesar de ello, una enorme cantidad de gente continúa creyendo hoy en día en la influencia de los astros en nuestras acciones y en nuestra personalidad.

Cuando resulta que treinta y dos millones de estadounidenses creen que esa influencia existe y que es importante en su vida; cuando nos informan de que más del noventa por ciento de la población conoce algo tan irrelevante como es su signo del zodiaco y sin embargo sólo un cincuenta por ciento sabe cuál es su grupo sanguíneo, información de la que podría llegar a depender su vida;